



## “Se apagan las luces del templo”

Miguel Ángel Cruzado Pinglo

Recibido, Dic. 29, 2022

Aceptado, Dic. 29,



2022

### Cómo citar este artículo:

Miguel Ángel Cruzado Pinglo. *Se apagan las luces del templo a su alcance*. Hojas de Vida. 2022;2(2): 01-06

### Resumen

*Cuando las luces del templo se apagan y se cierra la puerta, el culto no termina para nosotros, pues tenemos que acudir a rendir cuentas al Señor.*

**Palabras clave.** Cristo

Nada más hermoso que pasar horas en su presencia y en la búsqueda de los grandes tesoros que están en lo profundo de la Biblia, navegar sediento de las perlas que salvan el alma, buscar con ansias el rostro del Señor y una palabra que sea antorcha en el sendero casi oscuro por las pruebas que golpean el cuerpo y el alma.

Se apagaron las luces del templo, se cerraron las puertas del lugar de los feligreses, el alma carga en su ser preguntas que le apresuran a buscar las respuestas: ¿Habré sido sincero al predicar? ¿Me habré ajustado al mensaje del Señor?, la Biblia es como carbón encendido que quema nuestro pecado y nos limpia, nos arrincona y nos quita la careta.

En el silencio donde no hay voces del cotidiano andar, donde solo se oye el viento que se pasea lentamente como pidiendo permiso a las horas, allí es donde podemos hallar al Bendito Salvador, allí lloramos y le pedimos muchas veces que por amor a las ovejas y las almas seamos más certeros y más transparentes en la vida, para tener autoridad, le rogamos y lloramos al ver nuestra bajeza, esos son los momentos que el gran predicador de multitudes se derrite y es conocido como un hombre carente de la gracia bendita.

Ante las luces tratamos de ser el que todos quieren ver, el que comprende a todos, el que oye a todos y a todos sirve, ocultamos nuestras carencias, predicamos y somos como los que llevan la bandera y atrás nuestro están los feligreses que confían en su pastor que les lleva al puerto seguro, gran responsabilidad del predicador y pastor, pues si no es certero y no tiene el discernimiento del cielo los puede desviar del lugar a donde todos desean llegar, es por eso que al terminar todo el servicio y despedir al último hermano, algunas veces la noche nos golpea, el Espíritu Santo nos redarguye si fuimos duros y no demostramos amor a las ovejas y las almas, en otras noches el pueblo termina con gozo y nosotros con dudas por la responsabilidad que tenemos y siempre están estas preguntas: ¿algunas veces habré sido fiel al mensaje del Señor? ¿Lo habré dado todo? ¿Lastimé a las ovejas?.

La penumbra de la noche no es penumbra al hacerse real el bien amado Señor Jesucristo, le agradecemos por todo siempre llevamos en mente el día de nuestro llamado, y de donde Dios nos sacó, como Spurgeon que no olvidaba que el Señor lo llamo de los pantanos, parta hacer de el un gran predicador, que hubiese sido de nosotros si él bendito Jesucristo no nos hubiese

salvado y llamado a su ministerio, pero el cielo se apiado de nosotros que nos mostró su amor al llamarnos a su ministerio, por el cual deudores seremos por siempre y entregados a su santo servicio.

Cuando las luces del templo se apagan y se cierra la puerta, el culto no termina para nosotros, pues tenemos que acudir a rendir cuentas al Señor, oh que momento más sublime y maravilloso el de acudir a Él, allí nos derretimos y nos desconocemos, no somos el gran y famoso pastor y predicador, somos un hombre pecador que ha recibido de Dios un llamado por pura gracia, nuestro culto no termina cuando se apagan las luces del lugar de los fieles, termina cuando vamos a nuestra cita de encuentro con el cordero, por habernos dado su maravillosa gracia, para concedernos ser el portavoz de su palabra, siendo nosotros insignificantes llamados de lo más bajo de este mundo para ser su embajador anunciar las noticias del Rey.

Hay momentos cual Jeremías que no queremos predicar, el cuerpo se desgasta, las fuerzas ya nos las mismas como cuando teníamos dieciséis, pero sobre nosotros está un llamado, y tenemos que seguir. Tenemos que hablar del evangelio para eso estamos en esta tierra; algún día dejaremos de predicar, de alimentar a las ovejas y adiestrarlos para el ministerio pero sobre todo para que abracen la vida eterna, algún día dejaremos, pero no para ir a servir a un político, sino por el ocaso que llega a nuestro puerto para llevarnos al lugar donde se desprende la luz que da vida a toda la humanidad.

Unas veces fuimos duros, otras veces como nodriza, esa es la implicancia de nuestro llamado; muchos oirán el consejo, pocos nos aborrecerán por haber predicado un sermón que no fue de su agrado, mas qué podemos hacer, para eso estamos puestos, somos los aborrecidos, criticados, difamados, hasta algunos nos llaman frustrados de la vida por predicar juicios y ayes; nunca podremos escapar de las puntiagudas lanzas de los que critican nuestro ministerio. Esto es fastidioso, nos quita el sueño, debilita nuestro cuerpo, mas entendemos que para eso estamos, lo dijo el apóstol Pablo

Nos cansamos trabajando con nuestras manos para ganarnos la vida. Bendecimos a los que nos maldicen. Somos pacientes con los que nos maltratan. Respondemos con gentileza cuando dicen cosas malas de nosotros. Aun así se nos trata como la basura del mundo, como el desperdicio de todos, hasta este preciso momento. (1Corintios 4:12-13) (NTV)

Para eso estamos. No saben los feligreses lo que sufrimos cuando somos golpeados por verdugos que fueron alimentados en la fe por nuestro ministerio, sin embargo, la tormenta se vuelve quieta cuando nos encontramos con Jesús, nos infunde ánimo y nos hace ver que ese es el precio de nuestro llamado, nos conforta y anima, como cuando animó a Pablo luego que padeciera una tormenta su navío a Roma. Pienso en el sacrificio de Cristo; en su ministerio y aun en su camino a la cruz y quedo avergonzado, el sufrió mucho y una terrible muerte y lo que nosotros pasamos no es nada comparable a lo que el pasó.

**Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. (Isaías 53:3-5)**

¿Por qué fallarle al que padeció por nosotros? ¿Porqué hacer vano su sacrificio? Obedientes y fieles en todas las áreas de nuestra vida debemos ser, é desde el púlpito esforcérnonos para que

el pecador reciba el evangelio y la feligresía se encamine en la santidad y sana doctrina, sabiendo que padeció mucho el que nos llamó, no podemos hacer las cosas ministeriales a nuestro antojo, como un necio, tenemos Rey, tenemos Juez, tenemos Abogado, tenemos también un Amo.

Lo que padecemos en el ministerio no es comparable a lo que sufrió el Señor para salvarnos, en muchas ocasiones los golpes de los verdugos que suelen estar en la iglesia o ministerio son más porque afectaron nuestro ego y eso la carne no lo permite protesta haciéndonos sentir mal para finalmente convertimos en mártires de la iglesia y ministerio local.

Nuestro llamado es humano, pero también es divino, ¿cómo puede un hombre de barro decir grandes verdades del cielo? Allí está lo divino. La gracia del salvador debe ser estimada muchísimo por nosotros, pues por esa gracia es que nos hemos convertido en mensajeros de luz y su justicia, su reino y su voluntad, de los pantanos del pecado oliendo a inmundicia, sin valor y vida, de ese fango nos llamó el Señor, no rescato de allí, nos vistió con su justicia y ahora somos los que traen las buenas nuevas.

Son en nuestra horas frías de oración y estudio de la sagradas escrituras que descubrimos que cuan equivocados estamos al pensar que es injusto el Señor al permitirnos pasar por senderos de muerte, calumnias y aborrecimiento, mas comprendemos el propósito de ese tránsito nada grato al ver pisoteado y debilitado el orgullo que se esconde en nosotros tanto así como el ego y nuestra carne para convertirnos en personas dependientes de él y ser semejantes a él, que amó a sus amigos y por ellos oró.

Cae la noche y el culto no termina, ya no hay nadie en el templo, todos se fueron mas ellos no saben la lucha que tenemos para ser como Cristo, la luchas de oración por lograr tener del cielo más gracia; la lucha intensa que tenemos con nuestra propia carne que no le interesa abandonarse a su flaqueza y exponer a la tentación al pastor y predicador; nadie sabe las luchas de oración que tenemos, el culto para nosotros se vuelve tenso, glorioso y hasta cansado, por los momentos de oración y búsqueda de más gracia del cielo,

No es fácil descargar todo ante los pies del maestro para luego llenarse para el culto de mañana, para la hora del sermón o para la campaña que ya se aproxima. Esta es la constante del predicador, es su estilo de vida, pues para eso estamos; eso implica nuestro llamado, el sermón de hoy ya forma parte del pasado, ahora hay que hacer fila y esperar para obtener otro sermón que les haga ver a los feligreses su pecado y a los amigos su necesidad de Cristo, oh que intensa es la búsqueda; no es fácil porque hoja tras hoja se arruga y se bota pues pareciera que ya viene el sermón, pero no es así, hay que seguir luchando, hay que seguir pidiendo, hay que seguir orando, oh las almas no saben cuánto cuesta alimentarlas, cuánto cuesta decirles que Dios les ama, y ante esta realidad uno no puede tomar en poco su llamado y abandonarlo.

## **MORIR PARA VIVIR**

**Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro, No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; (Romanos 6:11-12)**

Cada día debemos morir, esta carne siempre quiere revivir y nos golpea raudamente. Los apetitos de la carne nos lastiman y nublan nuestra comunión con Dios; morir para vivir, sí; a nosotros mismo, a lo que deseamos como seres mortales, muchas veces tenemos que decirle al Señor que nos ayude a derrotar al viejo hombre que somos nosotros, cuantas veces lloramos porque no queremos ser esclavos de lo que hay en nuestra carne, con corazón sincero y abierto le clamamos para rogarle que nos libre de la codicia, la tentación y hasta muchas veces le hemos dicho: “no podemos más”

Morir a nuestro yo; no queremos ser predicadores y pastores muertos para Dios e idolatrados por el mundo y la iglesia; nuestro anhelo es ser personas vivas para el Señor, esa es nuestra lucha constante, nuestra carne no quiere orar, las madrugadas son testigos de una lucha

feroz y sin cuartel entre levantarse y no levantarse a orar. Recuerdo una de ellas estando en esa lucha el Señor me dijo: “Los deseos de la carne son contra el Espíritu”. Esas palabras me sacudieron poniéndome en pie al instante.

Una vez le preguntaron a David Wilkerson, debido a su historial ministerial de gran trayectoria y un hombre usado poderosamente por el Señor ¿cuál es el secreto para estar en pie? a lo que respondió que era el estar siempre de rodillas ante el Señor, estar en esa batalla de doblegar su carne y someterse a la soberanía del Señor

Esa es nuestra lucha diaria y es más fuerte que los asuntos del ministerio; con la mente sabemos que debemos morir, pero esta carne no quiere, a veces no queremos que nuestra carne muera, nos aferramos a sus deseos y a nosotros mismos; caemos pronto en la seducción de nuestra carnalidad y en esa caída pecamos y así vivimos predicando sobre el pecado y la carne, siendo nosotros esclavos de nuestros propios deseos pecaminosos. El apóstol Pablo con la sabiduría del Señor dirigió una carta a los hermanos de Colosas, pidiéndoles exactamente que hagan morir las cosas de su carne.

**Así que hagan morir las cosas pecaminosas y terrenales que acechan dentro de ustedes. No tengan nada que ver con la inmoralidad sexual, la impureza, las bajas pasiones y los malos deseos. No sean avaros, pues la persona avara es idólatra porque adora las cosas de este mundo. (Colosenses 3:5)**

Mientras charlaba con un pastor me contó que tenía un problema, algo que no le dejaba tranquilo tanto así que su mente se estaba turbando por lo que estaba viviendo. Sucedió que al finalizar el culto y despedir a los hermanos, se acercó una hermana, simpática ella, según la referencia del pastor, le dio la mano y aquella mujer le dijo: “estoy enamorado de usted, me gusta”. El pastor enmudeció, nunca espero tales palabras de una de sus ovejas, él era casado y a partir de ese momento se inició en él una lucha, entre el ceder o serle fiel a su esposa y sobre todo al Señor.

Es esta lucha la batalla que enfrentan muchos; las horas de oración a los pies del Señor se humedecen por las lágrimas que suplican fortaleza para no caer en tentación, la mente nos grita: “debes morir” pero la carne nos replica en la mente “prueba un poco”.

Cuando crece el ministerio o la feligresía, crece más la responsabilidad de atenderlos, como también la posibilidad de ser tentado, y muchas veces tenemos que pedir al Señor que nos ayude a no caer en tentación, ni por dinero, ni por falda, ni por otra cosa que ante el sublime llamado no tiene comparación, “estar de rodillas, que yo nunca deje de orar” decía David Wilkerson, y esa es nuestra arma de guerra, allí morimos luego certificamos que hemos muerto cuando no tocamos lo prohibido, ni tampoco codiciamos lo que no es nuestro, ello certifica que hemos muerto.

**¡Gracias a Dios! La respuesta está en Jesucristo nuestro Señor. Así que ya ven: en mi mente de verdad quiero obedecer la ley de Dios, pero a causa de mi naturaleza pecaminosa, soy esclavo del pecado. (Romanos 7:25) (NTV)**

Morir para vivir, la lucha es durísima, batallamos contra la carne, batallamos con el estudio de hallar perlas de gran precio para embellecer a la iglesia y salvar al pecador, esta lucha no tiene fin, ni sabe de vacaciones, solo esperamos ser un día glorificados.

**y los creyentes también gemimos aunque tenemos al Espíritu Santo en nosotros como una muestra anticipada de la gloria futura porque anhelamos que nuestro cuerpo sea liberado del pecado y el sufrimiento. Nosotros también deseamos con una esperanza ferviente que llegue el día en que Dios nos dé todos nuestros derechos como sus hijos adoptivos, incluido el nuevo cuerpo que nos prometió. (Romanos 8:23) (NTV)**

Vivir para Cristo es vivir para adorarlo, servirlo y amarlo, morir para nosotros, para el pecado que toca la puerta de nuestro corazón. Si vivimos para Dios estamos en su voluntad pues como dice las sagradas escrituras, Dios es Dios de vivos y no de muertos (Mateo 22:32); eso queremos, ser aprobados por el Señor siendo un sacrificio vivo para él, démonos cuenta entonces que mientras lo que deseamos es bueno, la carne será fiera contra nosotros y no nos dejará servir a Dios con la mente y el cuerpo, en eso constela lucha, fuerte y feroz, como si lucháramos con animales salvajes.

Converso con mi esposa sobre este tema, acompañándonos con una taza de té y galletas, concluimos que no es fácil resistir a la tentación una mujer puede ofrecerse a un pastor y predicador, al instante lo rechaza, pero luego la carne mina la mente, como armando una posibilidad de ceder; morir en todo tiempo, en toda hora, ante cualquier situación, morir para vivir, para ser aceptado por el Señor, la lucha no terminará sino con la muerte o el arrebatamiento.

Quizás en estos precisos momentos, un pastor está batallando en su mente contra los pensamientos de lujuria, quizá está apunto de ceder, oramos para que las fuerzas no le falten, y es que esa es la lucha que sostienen los hijos del Señor, sé que estos temas poco se tocan en los encuentros pastorales, he asistido a congresos y capacitaciones y no he oído temas directos con los que uno se enfrenta, los he escuchado solo en títulos, dados de una manera superflua con una ausencia de pericia en la explicación, mientras esto no se trate en los eventos ministeriales estas luchas feroces continuarán cuando se apague la luz del culto, cuando llegan a la oficina pastoral, en los viajes de ministerio y en tantas ocasiones, la lucha es constante.

Permanecer de rodillas en oración, esa es nuestra oración, que no faltemos nunca a la consulta con el juez supremo, que no caigamos en soberbia, ya que de allí se desprende la razón para ya no consultar al Eterno, y que al final dará como consecuencia pecado (muerte)

Amigo, hermano, pastor y predicador, resistamos; la lucha terminará y al final seremos coronados, oremos los unos por los otros.

Morir para vivir, matar el ego que se camufla en nuestro interior, la falsa humildad y hasta muchas veces la vanidad, no es fácil esta lucha, pero debemos enfrentarla a paso seguro y con el esfuerzo necesario como para renunciar a los ofrecimientos de nuestra carne. Si no morimos, no viviremos para Dios, no seremos la ofrenda grata que debemos ser (Romanos 12:1), razón tuvo Pablo cuando dijo que dentro de nosotros existe una lucha interminable entre la carne y el espíritu y esto solo terminará con la glorificación. Tenemos un camino por delante donde debemos estar preparados y muy disciplinados, en el sentido de no darle tregua a nuestra carne para que tome nuestros miembros en servicio al pecado.

Morir para vivir en las largas horas de oración y también en renunciar a todo lo que se nos cruza por la cabeza, ¿qué autoridad tendría el pastor y el predicador en predicarles a los feligreses que mueran al pecado, si aún no ha muerto a su propia carne? No tendría ninguna autoridad y sus frutos serían evidentes, su prédica sería sin fuego con carencia de poder y unción; como dijo Yeya Ávila, si no viven la palabra de Dios no podrán predicarla.

Morir para vivir, para ser honesto y de gran humildad reconociendo que somos débiles y que batallamos con el ego que se resiste a inclinarse ante el Señor; el escenario de la vida cotidiana trae consigo los deleites de la carne desatando en nuestra mente la cruda batalla. Se es sincero cuando se reconoce y se pide oración por esto; entiendo que entre pastores y predicadores no se hablen sobre estos temas y compartan sus luchas para llevarlos a oración, y es que hay tanta desconfianza en estos días, que vemos personas con saco, corbata y biblia y la verdad no sabemos quién en verdad es quien, en algunas veces la plática de los predicadores llega a ser sobre sus éxitos, el crecimiento de sus congregaciones, su amplia teología versada en filosofía y ciencia y así se exhibe un carnaval de conocimientos, ego y vanidad.

El apóstol Pablo mostró mucha humildad al testificar sobre la lucha que tenía con su carne, no hablaba de grandezas era humilde en pedir oración para que predique la palabra del Señor a

la altura de su llamado al santo ministerio, (Efesios 6:19) como también a modo de testimonio manifestar que era un miserable por tener una naturaleza que se rebela contra la ley de Dios

**¡Miserable de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte?  
(Romanos 7:24)**

No se peca siendo humilde, tampoco pidiendo oración a los demás por las luchas que tenemos como persona, esposo, padre de familia, pastor y predicador, pero claro, nadie quiere mostrarse débil ante los demás, sino como un poderoso líder de éxito y ascenso. El ministerio no es exhibición de las cosas que hacemos, sino el de dar gloria al que nos llamó y predicar las virtudes de su gracia, Pablo en su biografía deja muchas características de su persona, que son ejemplo para nosotros, “oren por mí” les dijo a los de Éfeso.

En otra ocasión testifica de su vida disciplinada para controlar su cuerpo y sujetarlo, para que por su propia carne no sea catalogado como carente de verdad y santidad

Por eso yo corro cada paso con propósito. No solo doy golpes al aire. Disciplino mi cuerpo como lo hace un atleta, lo entreno para que haga lo que debe hacer. De lo contrario, temo que, después de predicarles a otros, yo mismo quede descalificado. (1corintios 9:26-27)  
(NTV)

Morir para vivir, parte también de una vida disciplinada, que tiene muy en claro su identidad como hijo de Dios y como una persona que ha sido llamada por el Señor. Pablo lo tenía muy claro; por un lado la disciplina para controlar los deseos de su carne y por otro lado apuntando al blanco la meta suprema de su llamamiento (Filipenses 3:14)

Esto es precisamente lo que debemos tener muy en claro, sino morimos no llegamos al cielo, sino morimos no podemos hacer la voluntad del Señor, sino morimos no podemos llevar mucho fruto

**Les digo la verdad, el grano de trigo, a menos que sea sembrado en la tierra y muera, queda solo. Sin embargo, su muerte producirá muchos granos nuevos, una abundante cosecha de nuevas vidas.  
(Juan 12:24)**

Morir para vivir, certificar que hemos muerto. Eso tiene que certificarse en el hogar, en el ministerio, en la iglesia, en el liderazgo, se certifica perdonando al ofensor, amando al que nos hizo daño, levantando al caído, teniendo misericordia por los hermanos y pecadores, teniendo amor a las ovejas, viviendo en santidad mucho menos hacer lo que no nos está permitido, en estas cosas y otras que se quedan en el tintero, certifican que hemos muerto al pecado, la carne y a nuestro ego y vivimos para el Señor, para hacer su voluntad.

miguelcruzado1301@gmail.com

iglesia: " Palabra de vida,"

Seminario Bíblico Gamaliel - SEBIGAM, Perú

Publicado bajo licencia Creative Commons: Atribución 4.0 International(CC BY 4.0)